

Por último; el art. 6.º establecía que el día en que las tropas aliadas emprendieran su marcha para ocupar los puntos señalados en el art. 3.º, se enarbolara el Pabellón Mexicano en la ciudad de Veracruz y en el castillo de San Juan de Ulúa. Este artículo ha sido ágramente censurado, y sin embargo, es muy sencillo: si los pabellones aliado y mexicano habían de flotar unidos en Córdoba y Orizaba, ¿por qué no habían de flotar del mismo modo en Veracruz?

Los preliminares de la Soledad fueron aprobados por todos los comisarios, pues todavía estábamos de acuerdo, si bien Mr. de Saligny había manifestado siempre, y desde el primer momento, sus deseos de resolver la cuestión de México á cañonazos. Y ya que he mencionado á este representante del gobierno imperial, y pues to que entre los documentos presentados á las Cortes hay dos cartas del mismo, voy á referir al Senado un episodio que va á dar á conocer claramente al diplomático francés; episodio ocurrido en los últimos días de nuestra permanencia en Veracruz.

Como el conde de Saligny viese que sus opiniones no tenían eco en la conferencia, adoptó el sistema de desacreditar entre sus amigos los acuerdos que en aquella se tomaban. Esta conducta llegó á noticia de sus colegas, y con ese motivo se presentaron una noche en mi habitación los comisarios de la reina Victoria, quejándose de que dicho señor conde había dicho delante de dos jefes, uno español y otro francés, que él no había firmado la alocución dirigida á los mexicanos. Hice venir entonces al brigadier Milans, que era el jefe español, el cual me confirmó lo manifestado por los ingleses, así como también lo hizo luego el coronel Roce, comandante del vapor *Magenne*, que era el jefe francés, al cual rogué que procurara encontrar al Sr. conde de Saligny y le replicara que viniera á mi casa, si le era posible.

Vino en efecto el conde, y después de hacerle presente lo que estaba pasando, concluí preguntándole si había ó no firmado la alocución al país. El entonces, con asombro mío, me dijo: «No, *je n'ai pas signé*.» Yo no sabía lo que me pasaba, y así fué que maquinalmente fui acercándome á él, diciéndole en tono más fuerte: «¿Cómo! ¿Dice vd. que no ha firmado la alocución al pueblo mexicano? ¿No lo ha hecho vd. en este mismo lugar?» Y todavía me acontestó que no, añadiéndome: «ni vd. tampoco.» *Et vous non plus*. Al oír estas palabras me retiré como quien aspira un aire fétido, comprendiendo que allí

había alguna farsa. Los comisarios ingleses estaban asombrados, y yo también estuve un rato sin saber qué hacer, hasta que al fin repuse: «Sr. de Saligny, mi cabeza se pierde: sírvase vd. explicarme lo que significa todo esto;» á lo cual, con extraordinario aplomo, ¡vaya un aplomo! me contestó él: «es verdad que en la conferencia convenimos en dar la alocución al país y que se imprimiera y publicara, autorizándola con nuestras firmas; pero el materialismo de firmar el borrador que quedó en el acta, no lo hicimos; esto es lo que he querido decir sin decirlo.» A eso me contenté con replicarle pálido y convulso de ira: «No le contesto á vd., porque mi respuesta, estando en mi casa, sería demasiado dura.» ¿Habeis oído, señores? Pues ese es el diplomático á quien el gobierno del emperador ha dado crédito y el que ha causado los males que pesan hoy sobre México y sobre el ejército francés.

Concluida la primera parte de mi relación histórica, ruego al Sr. Presidente se sirva suspender la sesión para continuar en la mañana el discurso que tengo empezado.

El Sr. Presidente.—Siendo pasadas las horas de Reglamento, se suspende la discusión, la cual continuará mañana.

Se levanta la sesión.
Eran las cinco y media.

SESION DEL DIA 10.

El Sr. Presidente.—El Sr. conde de Reus continúa en el uso de la palabra.

El Sr. conde de Reus.—Al pronunciar ayer ciertas palabras en catalán, las cuales querían decir: «el francés te hace aire; afirmate, y ¡viva España!» el señor senador marqués de Guad-le-Jelú; mi compañero y amigo, se dió por aludido con cierto aire que me hizo creer que la alusión le lastimaba. Por si es así, como nada está más lejos de mi ánimo que pretender molestar á persona alguna, debo dar una breve explicación de por qué aludí á su señoría.

Empiezo por declarar que las palabras que pronuncié me las escribió el Sr. marqués de Guad-le-Jelú, estando yo en Veracruz, por el mes de Enero, en contestación á una carta mia y contándome lo que aquí pasaba. Esto releva á su señoría del cargo que alguno pudiera hacerle de oficioso al darme cuenta de lo que pasaba en

otro país. Por lo demás, las frases citadas son para mí tan nobles y tan españolas, que ni remotamente podía presumir que su cita causase ni sombra de molestia al Sr. marqués de Guad-le-Jelú, y ménos cuando somos amigos hace muchos años, y compañeros de profesión, y paisanos.

El Sr. marqués de Guad-le-Jelú. Si el Sr. conde de Reus me lo permite, y también el Sr. Presidente, diré breves palabras.

El Sr. conde de Reus.—Con mucho gusto.

El Sr. Presidente.—El Sr. marqués de Guad-le-Jelú tiene la palabra.

El Sr. marqués de Guad-le-Jelú.—Doy gracias á mi antiguo amigo el Sr. conde de Reus, por la franca y espontánea manifestación que acaba de hacer; pero su alusión de ayer no podía serme desagradable en manera alguna, como no fuera en un solo concepto: el que pudiera creerse su corresponsal de oficio. Por lo demás, hombre político, español cual debo serlo, y amigo del Sr. conde de Reus, que á la sazón desempeñaba un cargo de trascendencia, contesté á una amosísima carta de su señoría y escribí las mismas palabras que ha citado; y por cierto que recuerdo haber coincidido aquella carta con las noticias que circulaban en España sobre fundar una dinastía en México, no siendo yo, por razones históricas, partidario del establecimiento de aquella dinastía.

Concluyo repitiendo las gracias á mi amigo el Sr. conde de Reus, dándoselas también al Sr. Presidente que me ha permitido hablar y renuncio la palabra.

El Sr. Presidente. El Sr. conde de Reus puede continuar su discurso.

El Sr. conde de Reus. Ayer concluí la primera parte de la relación histórica que debí presentar el Senado; y ahora daré principio á la segunda, donde va á entrar en escena el Sr. general Almonte, y donde se verán más graves sucesos, los cuales seguiré paso á paso, hasta llegar á la catástrofe de Orizaba. Esta calificación es debida á un orador que no lo es de esta Cámara, y no le falta razón por cierto: catástrofe fué aquella, pero no para nuestras armas, sino para las armas francesas. Duras, muy duras palabras dijo el orador á quien me aludo, entre ellas la de que los ministros aliados en México habíamos cometido actos de demencia y de la última malignidad, teniendo su señoría la poca compasión de atribuir al ministro español los más de esos actos. Y todo, ¿por qué? Porque dejamos en pié al gobierno de Jua-

rez. ¡Actos de demencia y de la última malignidad! Hay palabras que no tienen contestación posible si no se riñe con el que las ha pronunciado; y como yo no quiero reñir con nadie, me contento con rechazar esa calificación: la rechazo, pues, así, á secas, y sobre eso no digo más. Los que han censurado la política del gobierno en México, lo han hecho así por no haber sido así la política que ellos querían: lo que no comprendo es que hombres liberales hayan podido censurar la política en cuestión. Pues que, ¿no ha sido liberal? Eso no puede negarse.

A últimos de Febrero llegó á Veracruz el general Almonte: ambos nos habíamos conocido en París, éramos amigos y esto facilitó nuestra primera entrevista. Con dicho señor llegaron el padre Miranda, el padre Haro y otros emigrados, pertenecientes al partido reaccionario todos ellos.

Lo primero que hizo el general Almonte, fué anunciarme la llegada del conde de Laurencez con un refuerzo de 4,000 hombres. «Bien venidos sean los franceses, le contesté; no me pesa que vengan.» En seguida me anunció que el general francés me traería una carta autógrafa de S. M. I., y aquello me halagó como una nueva muestra de la bondad del emperador para conmigo. Acto continuo, el general Almonte entró en materia sin rodeos: Contóme que venía de acuerdo con el gobierno imperial para derribar al gobierno de Juárez y la República y crear una monarquía, y añadiendo que como ésta no existiría sin monarca, lo sería el archiduque Maximiliano de Austria. Díjome también que había estado en Viena para ofrecer la corona al archiduque y que éste la había aceptado, hallándose S. A. muy dispuesto á embarcarse en cuanto se le avisara. Por último, añadió el Sr. Almonte que aquello sería negocio de un par de meses, porque todos los mexicanos se levantarían al ver enarbolada la bandera monárquica.

Yo le oí sin que por mi parte hubiera la menor interrupción, y así pudo concluir su relación tranquilamente. Sin embargo, antes de decirle mi opinión sobre el particular, quise saber cómo y por qué se contaba con el auxilio de las armas aliadas, y preguntéle si los tres gobiernos estaban de acuerdo en materia tan grave. Contóme que á su vuelta de Viena había estado en Madrid y hablado con los señores duque de Tetuan y Calderon Collantes, los cuales vinieron á manifestarle, que teniendo el conde de Reus la confianza de la reina y de su gobierno, y hallándose,

como se hallaba, sobre el terreno, nada podían decirle hasta que el conde escribiera sobre la situación del país.—¿Y el gobierno inglés? le pregunté.—Está de acuerdo con el gobierno del emperador, me contestó.

No necesité más para comprender que el general Almonte quería engañarme, como había engañado á la Corte de Francia, haciéndome creer que eran tantos los partidarios de la monarquía en México, que en viendo flotar las banderas aliadas en los muros de San Juan de Ulúa, á los dos meses concluiría todo. Pero á mí no podía engañarme, pues por el mismo paquete que trajo al Sr. Almonte, recibí yo despachos del gobierno de S. M. y cartas particulares de los señores Presidente del Consejo y Ministro de Estado. Y tampoco podía engañarme, porque estando yo sobre el terreno, no veía yo, como el, los partidarios de la monarquía.

Ahora pregunto yo: ¿permitía la Convención de Londres que las armas aliadas apoyaran la bandera que el general Almonte traía de Francia? Por supuesto que dicho general decía que se consultaría la opinión del país.—¿Y cómo? le pregunté.—Por medio de una asamblea de notables, me contestó; pero antes destruyamos el gobierno de Juárez.

Los ministros ingleses, desde el momento que conocieron los planes que traía el general Almonte, así como el refuerzo destinado á las tropas francesas, previeron sucesos ajenos á la misión que llevábamos á México, y me anunciaron verbalmente que el batallón de la marina real, apostado ya para ir á Orizaba, se reembarcaba al día siguiente, pero que ellos seguirían formando parte de la conferencia donde quiera que se reuniese.

Hé aquí ahora los despachos y cartas que recibí por el mismo paquete que llevó al general Almonte. (Su señoría leyó varios despachos y cartas, cuyo espíritu era análogo al de las bases de la Convención de Londres, despachos y cartas que se insertan en el número del *Diario de sesiones del Senado* correspondiente á la sesión de hoy.

Después de esto, ¿habrá quien diga que yo hice en México política propia? No; hice como debía, la política del gobierno, ciñéndome leal y exactamente á sus instrucciones. Que esta política fué noble y conveniente al esplendor del trono y á los altos intereses del país, no cabe dudarlo, puesto que así lo han declarado la reina, el gobierno y el país; pero por eso mis

mo tengo empeño en que se vea que yo no fui más que el leal ejecutor de la política del gobierno. Al César lo que es del César.

Pertrechado con tal arsenal de buenas razones, contesté al general Almonte que no comprendía cómo el gobierno del emperador podía estar de acuerdo con un plan tan contrario á la Convención de Londres y á todos los compromisos de honor adquiridos por los ministros aliados en México, y que por lo tanto, el plan me parecía inícuo y desleal, y hasta absurdo por lo irrealizable.—La misión de los aliados, le dije, no es la de quitar y poner gobierno, ni mucho menos crear una monarquía para el archiduque de Austria ni para nadie. Si andando el tiempo quieren los mexicanos monarquía, no nos opondrémos á ello, sino que al contrario, los ayudaremos, pero eso ha de ser el resultado de la libre voluntad del pueblo mexicano. Esta es la política aliada, y por lo tanto, no cuente vd. para ese fin con las armas españolas ni con las inglesas, porque según se me ha dicho, mañana se embarcarán.—Pues entonces contaré con las de Francia, me repitió Almonte.—Lo dudo, repuse yo, pues no creo que los subdelegados franceses hagan tal cosa sin recibir orden de su gobierno, y el emperador tiene demasiado talento para dar semejante orden.—Y acabé pronosticándole que si seguía adelante en su empresa, haría un completo fiasco.

La división española estaba ya en marcha hacia tres días y yo salí al siguiente á reunirme con ella en Paso Ancho. Aquí debo decir que las tropas españolas, en aquel ardiente y abrasado clima, hicieron su marcha de una manera admirable, rompiéndola, como siempre, los ingenieros, los cuales remendaban el camino, y por cierto que bien lo necesitan los de aquel país.

Los ingenieros, repito, rompían la marcha, mereciendo elogios por su actividad é inteligencia, mientras los artilleros se multiplicaban verdaderamente, pues no sólo conducían sus trenes por aquellos malos caminos, sino que daban también ayuda á varios carros franceses rezagados. Los soldados de caballería, por su parte, iban á pié para que los enfermos montaran en sus caballos; y la infantería, por último, cargada con el enorme peso de cinco raciones, y con su tienda, manta y equipo, mostraba una vez más el valor inherente á nuestra raza. Algunos cayeron enfermos; pero llenos de voluntad, no se rendían mientras tenían un átomo de aliento.

Con este motivo, recuerdo haber encon-

trado dos que iban muy despacio: uno de ellos herido en un pié acompañaba á un calenturiento, llevándole su fusil y su moral; y habiéndoles dicho yo que subieran á mi carruaje, tuve que mandarlo, al ver que me contestaban que otros habría en peor estado que ellos. ¡Ah bravos hijos de la noble España! ¡No extrañaré que un día asombreis al mundo con vuestros heroicos hechos! Señores jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados que compusisteis la expedición de México, á todos os saludo!

Desde los primeros días de mi llegada á Orizaba entablé correspondencia con el vice almirante la Gravière, que se encontraba en Tehuacan. A esa correspondencia se refirió el Sr. Bermúdez de Castro, pidiendo la presentación de dos cartas. Yo dudaba si siendo éstas confidenciales, y no habiéndoselas enviado al gobierno, debía presentárselas; pero un movimiento afirmativo de cabeza hecho por el señor ministro de Estado, me sacó de mi situación. Ofrecí, pues, traer dichas cartas, y ayer quedaron sobre la mesa, formando parte del expediente diplomático.

Conviene leer la primera de ellas, su fecha 17 de Marzo, para que se vea el poco caso que el comisario francés hacia de las reclamaciones que debían dirigirse al gobierno de México. Héla aquí, señores. (Su señoría la leyó). Se ve, pues, que la primera misión de los aliados, consiste en reclamar cantidades, pedir reparaciones y exigir garantías, era de muy poco valor para el señor vice almirante: otra cosa valía más á sus ojos, y ya la encontraremos.

A la sazón recibí Sir Wyke la noticia de que el gobierno de México seguía exigiendo de nuestros compatriotas un 2 p^o sobre los capitales, imponiendo además un empréstito forzoso de 500,000 pesos á seis casas, de las cuales tres creía yo ser españolas. Estaba equivocado en esto, pues no había más que una, y era hispano-americana: la mía. En el acto escribí al Sr. Doblado, ministro de Juárez, pidiendo explicaciones sobre el particular; y como me contestara con el diapason un poco alto, dije á la Gravière que debía reunirse pronto la conferencia para tratar de aquello, pues si se había de romper el fuego, debía hacerse en defensa de los intereses de nuestros conciudadanos, y no por causas injustificables. ¿Y que me contestó M. de Gravière? Lo que resulta de la siguiente carta. (Su señoría la leyó.)

De aquí se desprende la declaración explícita de que M. de Gravière pensaba obrar sin acuerdo de la conferencia, puesto

que en adelante debía la expedición ser francesa; y además se desprende también su idea de llevar adelante el plan de establecer una monarquía en México.

Más explícito está todavía el señor vice almirante en otra carta confidencial que también me escribió, y de la cual puedo hacer uso, autorizado como lo estoy por su autor. Héla aquí: (Su señoría leyó otra carta; en la cual se hablaba, entre otras cosas, de la creación de una monarquía en México, y de la resolución concerniente á llevar á cabo esta idea.)

Tengo además otras cartas que no leo por no fatigar al senado; pero sin embargo, debe oír una del mismo Jurien de la Gravière, escrita en 22 de Marzo por la mañana. (Su señoría leyó otra carta, en la cual decía el firmante, que no podía abandonar al general Almonte, puesto que tenía toda la confianza del gobierno que representaba el mismo la Gravière, añadiendo que el gobierno francés le había puesto en el caso de no deber respetar los acuerdos de la conferencia). Ahora bien, yo pregunto: ¿qué significa un miembro de la conferencia, á quien su gobierno dá órdenes reservadas para que en el caso dado no respete los compromisos contraídos?

Así las cosas, supe que el general Laurencez había salido de Veraacruz, acompañado del general Almonte, y escoltado por un batallón de cazadores. El día de su llegada á Orizaba, salí á recibirle como cumplía al compañerismo y á la caballerosidad, y después de los primeros saludos, entré en materia, impaciente por saber cómo ó por qué el general Laurencez iba acompañado de Almonte, siendo así que esto debía crear conflictos, toda vez que las armas inglesas y españolas no estaban dispuestas á sostener la pretensión del último. El general Laurencez mandó detenerse al batallón de cazadores, hasta recibir órdenes del vice almirante. Aprovechando esta situación, y deseoso de hacer todo lo imaginable para evitar la ruptura entre los aliados de acuerdo con los comisarios ingleses, me fui á Tehuacan á hablar con el vice almirante, y aquí entra lo bueno.

Conociendo yo que M. Jurien de la Gravière tenía la manía de ir á la capital, por creer que allí encontraría grandes masas de manárquicos, los cuales no esperaban más que su llegada para proclamar la monarquía, le dije: «Vamos, puesto que vd. lo quiere, irémos á México;» y entre broma y serio añadí: «y allí le permitiré á vd. que intrigue en favor de su archiduque. Y en efecto: allí poco me importaba, como

que hablándose el castellano en México, á mí me entendía todo, todo el mundo, miéntras á él no le entendía nadie.—Iremos, pues, á México, me contestó él; pero ¿cómo lo haremos?—Pidiéndolo, le repliqué, en garantía de los tratados que hagamos en la conferencia de Orizaba.—¡Magnífico! exclamó entónces él.—Y tuve el honor de que me abrazara tres veces.—¿Y querrán los comisarios ingleses? añadí yo.—Sí querrán.—Pero vd. comprende que si marchamos sobre la capital de acuerdo con el gobierno mexicano, no podemos llevar en nuestra compañía al Sr. Almonte, á quien por consiguiente, habremos de mandar á Veracruz.—Esto no es posible, me contestó con tono bastante fuerte.—Me parece que ha respondido vd. con alguna precipitación, le repuse; y él entónces me replicó:—Es imposible.

No le contesté ya, pues conocí bien sus intenciones. Sin embargo, traté de convencerle durante una y otra hora; pero no lo conseguí, pues á mis argumentos más apremiantes respondía siempre *ser eso la política*; y eso me hacia á mí recordar la famosa frase del pueblo de Madrid, el cual cuando se le estrecha, dice: «¡Pues ahí verá vd.!» No había, pues, medio posible de convencerle, y en consecuencia, á las pocas horas salí para Orizaba, persuadido de que la ruptura de las conferencias era inevitable. En tal supuesto, pensé desde entónces el partido que debería seguir cuando llegara el momento decisivo.

Cuatro soluciones se presentaban á mi consideración: 1.ª entregarme á los franceses, yéndome con ellos; 2.ª echarme á un lado y pedir nuevas instrucciones al gobierno; 3.ª cerrar el paso á los franceses; 4.ª reembarcarme con mis tropas. Ahora bien, señores: ¿cuál era la solución más conveniente á la personalidad del general Prim? Naturalmente la primera, pues iba á pelear con la seguridad de vencer, y además, una vez en México, la reina hubiera recompensado mis servicios con el tercer entorchado, al paso que el emperador de los franceses me habría honrado con la legión de honor y me hubiera hecho duque de México, y á mi vuelta á España, nadie habría podido disputarme la embajada de París. Tal era el cuadro seductor que se presentaba á mi vista, yéndome con los franceses; pero no podía hacerse sin menoscabo de la buena fé y de la lealtad debida á mi patria, y por eso no titubeé en sacrificar mi orgullo, la amistad del emperador y mis sueños de gloria, en

aras de mi deber y de la independencia de mi país.

Por otra parte, yo no podía perder de vista el compromiso contraído por España con Inglaterra, y por las tres potencias con los Estados Unidos, relativamente á no imponer á los mexicanos un gobierno que ellos no quisieran; y ya que de los Estados Unidos hablo, permítaseme decir, que son un gran pueblo, por más que durante mucho tiempo se haya creído que no constituían sino una nación de comerciantes.

Yo creo que la Europa puede estar hoy convencida de que no es así, pues he visto de cerca uno de sus ejércitos, el ejército del Potomac, mandado por el general Mac-Clellan, compuesto de 110,000 hombres con 500 cañones, y puedo asegurar que está al nivel de cualquier otro ejército. Y no se crea que la lucha en que hoy está envuelta esa nación, la va á dejar exánime, pues aun separados los Estados del Sur de los del Norte, siempre quedarán dos pueblos poderosos, tan amantes el uno como el otro de la doctrina de Monroe. Volviendo, empero, á lo que ántes me ocupaba, digo que por las consideraciones expuestas, deseché la primera solución, y pasé á examinar la segunda.

Echarme á un lado y pedir nuevas instrucciones á mi gobierno, parecía lo más sencillo; pero sin embargo, en la práctica era lo peor; pues de una solución como esa, podía surgir un conflicto entre los españoles y franceses. Además, los mexicanos podían bloquear, ya que no tomar por la fuerza, el hospital de los franceses en Orizaba, donde me hallaba yo, y esto tenía que hacer muy difícil mi situación, porque careciendo de víveres, hubiera tenido que ir á buscarlos á Veracruz, pagándolos á inmenso precio. Si los franceses eran batidos, tenía que salir á su defensa, y ya estaba comprometido; y pidiendo instrucciones al gobierno, le creaba un conflicto, el cual tenía que resolver. Si el gobierno decía: «vaya vd. en auxilio de los franceses», y la orden llegaba cuando ya éstos hubieran entrado en México, era aquello una cosa inútil; al paso que si eran batidos, tenía yo que restablecer la campaña con malísimas condiciones. En fin, si el gobierno mandaba reembarcar las tropas estando ya los franceses en México, el reembarque era ridículo; y si por el contrario, hubieran sido rechazados, no habría yo podido dejarlos comprometidos. Era, pues, más noble y leal conservar al gobierno su libertad de acción, para que

si era preciso sacrificara en bien de la patria á su plenipotenciario en México, y por lo tanto debía desecharlo, y deseché, la segunda solución de las cuatro que á mi vista se presentaban.

El tercer camino que yo podía seguir, era el de cerrar el paso á los franceses hasta recibir órdenes de los gobiernos respectivos, y en verdad que esta solución era la más conforme con mi carácter belicoso; pero ni yo quería batirme con los soldados franceses, á quienes estimaba y estimo, ni me era permitido crear con la guerra en Orizaba, la guerra tal vez en los Pirineos. Y sin embargo señores, aquella era la ocasión redonda para realizar mis planes de ambición personal, si en efecto los hubiera abrigado; aquella era la ocasión de hacerme rey de México, como también se me ha atribuido.

Esta idea, que han oído más de una vez los señores senadores, fué echada á volar por mi buen colega el Sr. de Saligny; no sin hacer algún efecto en México, citándose en su apoyo el «Eco de Europa», periódico cuyas tendencias no eran, sin embargo, ni más ni menos que las de la política aliada. Verdad es que dicho periódico excitaba algunas sospechas por las alabanzas que hacía de mi persona, diciendo, por ejemplo, que el conde de Reus era muy valeroso; pero ¡vaya una novedad! ¿Hay quien niegue al conde de Reus la cualidad de buen soldado? Si se le quita eso, ¿qué le queda? Decía además el «Eco de Europa», que el conde de Reus era entendido en negocios de guerra, y además hombre de carácter suave, y también que era liberal; ¿pero no era verdad todo eso?

Otra idea excitó más sospechas: la de que el conde de Reus, no sé en qué edad, hubiera sido un semi-dios, y que en la edad media habría creado una dinastía de reyes; pero, señores senadores, ¿se puede eso tomar en serio? La verdad es que el conde de Reus no ha tenido jamás semejantes ambiciones. Yo recuerdo lo que en cierta ocasión me dijo un augusto soberano, á propósito de ciertas miras ambiciosas que se atribuían á un elevado personaje. «Si los que nos hemos mecido en cuna de cien reyes, me decía, apénas podemos sostenernos en los tronos, ¿qué han de hacer los que no se hallan en ese caso?»

Por lo demás, señores, si yo combatía la monarquía en México por falta de monárquicos allí, ¿había de creer que iba á encontrarlos para mí solo? ¡Ah! yo soy español de pura raza, y no habría aceptado el trono, aunque todos los mexicanos me

lo hubieran ofrecido, prefiriendo á su brillo ser en mi país ingeniero general y senador del reino, y poder, cual otro García del Castañar, perseguir jabalíes en los montes de Toledo. La mejor prueba de que no abrigué la ambición que se me ha atribuido, es haber despreciado la magnífica ocasión que se me ofreció para realizarla, embistiendo á los franceses y haciéndome libertador de México.

Desechada la tercera solución, pensé en la cuarta y última, y pensé en ella muy detenidamente, conociendo, como conocía, la gravedad de mi resolución. Dicho conocimiento de ella al gobierno de S. M., y entre tanto esperé la reunión de los comisarios para la celebración de las conferencias. El 9 de Abril tuvo lugar la primera, cuya acta sacada *in extenso* basta por sí sola para que el senado haya formado juicio exacto de los sucesos; pero como muchos hombres políticos no se han tomado el trabajo de examinarla, voy á leer alguno de sus principales párrafos. (Su señoría leyó.)

Véase, pues, cómo los comisarios del emperador Napoleon, fuese porque obraran en virtud de órdenes de su gobierno, fuese (como yo creo más bien) porque lo hicieran por autoridad propia, abandonaron la política aliada, resueltos á marchar haciendo política francesa; razón por la cual hicieron los aliados muy bien en reembarcar sus tropas, dejando á los ministros franceses por únicos responsables de sus actos. Y en verdad que su responsabilidad y la del gobierno que ha aprobado su conducta, es inmensa ante Dios y ante los hombres. En México se derramará mucha sangre: los mexicanos verterán la suya en favor de su independencia, y Francia la de sus hijos, por una quimera, pues aunque á costa de ella y de tesoros, lleguen las tropas imperiales á entrar en la capital de la República, no por eso han de crear nada sólido ni digno del pueblo que representa. Ni alzarán una monarquía, ni siquiera consolidarán un gobierno de capricho.

La santa alianza hizo entrar en París á Luis XVIII, y ese monarca, aunque de sangre real, reinó con trabajo. Sucedióle Carlos X, y éste al poco tiempo fué arrojado del sólio por sus mismos súbditos. Napoleon I coronó por su parte rey de España á su hermano José, y el trono de éste cayó derrocado á la primera campaña que anunció la ruina del primer imperio. Lo mismo pasó á Gerónimo Bonaparte en Westfalia, y algo más grave en

Nápoles al bravo Murat, el cual murió fusilado. ¿Qué más, señores? En México mismo hubo un Iturbide, que fué estimado mientras se limitó á ser un gran ciudadano; pero ese Iturbide se hizo emperador, y acabó tambien en un suplicio. Tal es la historia, la triste historia de los reyes impuestos; téngalo presente el archiduque Maximiliano. Los franceses no poseerán en México más terreno que el que materialmente pisen, y al fin, más pronto ó más tarde, tendrán que abandonar aquel país, dejándolo más perdido que lo estaba cuando á él llegaron.

Estoy fatigado, señor presidente; y si su señoría se sirviera suspender el debate, se lo agradecería, pues podría mañana continuar mi discurso.

El señor presidente: Estando para terminar las horas de reglamento, se suspende esta discusión, la cual se continuará mañana.

Levántase la sesión.

Eran las cinco.

SESION DEL DIA 11.

El Sr. vicepresidente (duque de Veragua): El señor conde de Reus continúa en el uso de la palabra.

El Sr. conde de Reus: Siento, señores senadores, tener que ocuparme de una cuestion que hasta cierto punto, empujea la principal que se debate; pero hay censuras ó murmuraciones que no pueden pasar desapercibidas. Si es verdad que una gota de veneno no puede destruir un cuerpo robusto, tambien lo es que esa gota debe lavarse, pues no haciéndolo así, podría traer la gangrena.

Háse dicho en voz baja, si en la expedición de México se gastó más ó menos. La intencion es conocida, pero yo no tengo nada que ver con lo gastado en la expedición. La administracion es en los ejércitos la que recibe los fondos y los distribuye, y la que en su día da cuenta á quien corresponde. El general en jefe responde de esos fondos como cree más conveniente al servicio; la administracion los distribuye, y el jefe á nadie absolutamente tiene que dar cuenta. De cien mil duros que tenia á mi disposicion, no gasté mas que cuatro mil trescientos treinta y ocho; con esto quedan satisfechos los que en tal poqueñez se han ocupado.

Voy ahora á emprender la no fácil ta-

rea de contestar al discurso del ministro imperial M. Billault, discurso pronunciado en la asamblea legislativa de Francia. Los ataques que recibí fueron tan duros como poco circunspectos, siendo así que si los hombres públicos deben siempre guardar circunspeccion, aún deben guardarla más cuando son consejeros de la corona. Mr. Billault trató sin respeto ni consideracion alguna al general español, plenipotenciario de la reina de España, ¿Creyó acaso que yo no devolvería golpe por golpe, estocada por estocada? ¿Creyó que por estar á tanta altura, podía disparar sobre mí los rayos que tuviese por conveniente? Se equivocó Mr. Billault, á quien voy á contestar ahora, no sin guardar la circunspeccion que él no tuvo por oportuno observar.

El ministro imperial empezó su discurso, diciendo que el gobierno del emperador deseaba la ocasion de explicar á la asamblea y al país los asuntos de México, los cuales, por error de unos, y por malquerer de otros, habian perturbado la opinion pública; pero ¿qué ha sucedido despues de haber hablado Mr. Billault? Que como ántes lo habia hecho Mr. Jules Favre, contando verdades y diciendo cosas distintas de las que dijo Mr. Billault, la Francia no sabe todavía á qué atenerse respecto á lo que ha pasado en México. Cierito es que el ministro se apoyó en documentos públicos, oficiales; pero tambien lo es que están escritos por Mr. de Saligny por Mr. de La Gravière, y que al referirse á documentos relativos al representante de la reina de España, no leyó lo que no le convenia, siendo, como era, lo más importante. Con dureza podría yo calificar tal sistema; pero me contento con decir que Mr. Billault no hizo bien.

El resultado es, repito, que la opinion pública en Francia no sabe bien lo ocurrido en México. Si el gobierno imperial deseaba que la opinion pública de su país estuviese bien enterada respecto al particular, debió adoptar el único y sencillo medio que han adoptado los gobiernos de Inglaterra y España, y el de presentar al parlamento todos los documentos relativos á la cuestion; pero como esto hubiera demostrado que las cosas se habian llevado tan á la ligera que comprometían el buen nombre de la Francia en apartadas regiones, no se hizo la publicacion de esos documentos, y ni aún siquiera se imprimió el acta de la última conferencia de Orizaba, con lo cual hubiera habido quizá bastante.

Mr. Billault, explicó las cosas como quien habla á gentes que tienen obligacion de creer; pero ni la Francia ni la Europa pueden dar ascenso á lo que su señoría dijo, porque lo hizo sin fundamento, y separándose de todos los documentos públicos que relativamente al asunto debian tenerse á la vista.

El señor ministro sin cartera se esforzó en probar, que las cosas de México habian llegado á tal punto, que era indispensable hacer uso de las armas. No me compete discurrir acerca de si la Francia tenia ó no razon para ir á México; pero sí me cumple manifestar, que si las tres naciones aliadas fueron con sus armas al país mexicano, no lo hicieron con el plan de derribar al gobierno allí constituido, si éste aceptaba las reclamaciones que los aliados le hicieran. Ahora bien: como el gobierno de Juárez reconoció haber cometido faltas, añadiendo que estaba pronto á repararlas, claro está que no podía declararse la guerra, segun el espíritu de la Convencion de Londres, y segun las instrucciones de los gobiernos aliados. Así lo comprendió el gobierno del emperador en un principio, y aún por eso dió las instrucciones que dió á su vice almirante Lagravière, habiendo sido conforme con ellas y con la Convencion expresada, la razonable conducta de dicho funcionario, durante los dos primeros meses de permanencia en Veracruz. Si no hubiera sido así, viendo el comisario frances el espíritu que animaba á los comisarios inglés y español, habría dicho desde el primer día: «eso no va conmigo; mis instrucciones son éstas, y he venido ante todo á derribar al gobierno existente.»

Pero la prueba más evidente de que el gobierno del emperador no pensaba entonces en derribar al gobierno de Juárez, consiste en los elementos de que se componia la expedición francesa que fué á México: dos batallones de infantería de marina (compuestos de marineros, improvisados soldados) y un batallón de zuavos, sin material de guerra, puesto que ni aún tiendas tenían; y tan era así, que cuando se estableció el campamento en la Tejería, tuvieron que armarlas con las velas de los buques. ¿Se quitan y ponen gobiernos, y se fabrican tronos con elementos de esa naturaleza?

No pensaba, pues, en un principio el gobierno imperial en derribar el existente en México; lo pensó despues, y en mala hora para la Francia, dando sus órdenes al

efecto, y sin prevenir á los gobiernos aliados.

Partiendo de su falso supuesto, el ministro sin cartera encontraba muy mal que los aliados tratáramos con el gobierno de Juárez, puesto que, en su concepto, debió principiarse por derribar un gobierno que no tenia ni medios, ni autoridad para sostenerse. Los hechos han demostrado á M. Billault, que anduvo muy ligero al apreciar los medios y la autoridad del gobierno de Juárez, pues á pesar de haber dicho que desaparecería al soplo de la Francia, ha visto que ha resistido, no ya ese soplo, sino lo que es algo más, al empuje de los bravos soldados franceses y de sus cañones rayados, permaneciendo todavía en pie.

No será, pues, un gobierno tan débil y de tan poca autoridad. Pero ¡ya se vé era preciso al orador afirmar eso; y cuando se oye decir á un ministro, con la seriedad que lo hizo M. Billault, que la expedición fué ante todo para derribar el gobierno existente, es imposible que no esté perturbada la opinion pública en Francia.

Para justificar M. Billault los planes de monarquía nacidos en Francia, dice haber numerosos mexicanos, declarado que solo esta forma de gobierno podía salvar á México de los males que le aquejan; pero se equivoca su señoría, y ni aun por lo visto ha leído los últimos manifiestos publicados en la Habana por los generales reaccionarios Zuloaga y Cobos, aconsejando á sus conciudadanos dejar á un lado querellas de familias y reunirse todos para combatir á los franceses. Pues bien, si el partido liberal no es monárquico, y el partido reaccionario combate á los franceses que llevan la idea de la monarquía, ¿dónde están los numerosos mexicanos que, segun M. Billault, quieren esa reforma de gobierno?

Tan cierto es que en México no hay hombres de ideas monárquicas, como que el Sr. Gutierrez Estrada, de aquel país, concibió hace dos años el plan de restaurar la monarquía, y conociendo las dificultades ó peligros de organizar un pronunciamiento con tal bandera, organizó uno de los pronunciamientos militares que tan fáciles han sido siempre allí.

Su pensamiento era reunir una Asamblea de hombres adictos á su plan, á fin de que en la Asamblea se levantara la bandera monárquica. ¿Y qué sucedió? Que no hubo un solo diputado que se atreviera á monbrar la monarquía, teniendo el Sr.